

AMOR POR UN MUNDO PERDIDO

Orville Swindoll

Hoy nos inundan mensajes de amor. La prensa, la televisión y la radio nos bombardean con palabras, gráficos, fotos y videos de expresiones de afecto, sentimientos amorosos y sensualismo. Es difícil imaginar un tiempo en la historia cuando hubiera más manifestaciones de amor. Sin embargo, dudo que haya habido en la historia del ser humano un tiempo que más se necesitara de afecto verdadero y sincero, que más clamara la gente por conocer el amor auténtico.

Nuestra generación, más que ninguna otra, ha rebajado la definición de amor al nivel de mero sentimentalismo o, peor aun, a la expresión de pasiones desenfrenadas y egoístas. Para la mayoría de la gente, el amor ha perdido todo contenido de compromiso, generosidad, lealtad, fidelidad, bondad, benevolencia y caridad, para reemplazarlo con atracción sexual, placeres sin fin y egoísmo craso. Para muchos, el amor no tiene más sentido que hacer lo que se le da la gana y obtener de toda relación el máximo de placer y satisfacción personal.

Como consecuencia, la vida de la gente que abraza estos conceptos ha perdido todo valor perdurable; no es más que una serie de gustos y orgías que luego son reemplazados por otros que resulten, por el momento, más atractivos. El placer de una experiencia solo la lleva a buscar otra más intensa o más novedosa.

Hace dos mil años, en el apogeo del imperio romano, el público reclamaba cada vez más orgías y más peleas de gladiadores que batallaran entre sí hasta que uno lograra matar al otro, solo para satisfacer los apetitos desenfrenados de la más cruda pasión humana.

¡Cuánto se alejó el hombre de su origen en el jardín de Edén! Pero estas escenas de perdición y desgracia no se limitan a los que pretenden excluir a Dios de su vida. En sus escritos ochocientos años antes de Cristo, Isaías describe el cuadro lamentable del mismo pueblo escogido de Dios:

² ¡Oigan, cielos! ¡Escucha, tierra! Así dice el SEÑOR:

«Yo crié hijos hasta hacerlos hombres, pero ellos se rebelaron contra mí.

³El buey conoce a su dueño y el asno el pesebre de su amo;

¡pero Israel no conoce, mi pueblo no entiende!»

⁴¡Ay, nación pecadora, pueblo cargado de culpa,

generación de malhechores, hijos corruptos!

¡Han abandonado al SEÑOR! ¡Han despreciado al Santo de Israel!

¡Se han vuelto atrás!

⁵¿Para qué recibir más golpes? ¿Para qué insistir en la rebelión?

Toda su cabeza está herida, todo su corazón está enfermo.

⁶Desde la planta del pie hasta la coronilla no les queda nada sano:

todo en ellos es heridas, moretones, y llagas abiertas,

que no les han sido curadas ni vendadas, ni aliviadas con aceite.

⁷Su país está desolado, sus ciudades son presa del fuego;

ante sus propios ojos los extraños devoran sus campos;

su país está desolado, como si hubiera sido destruido por extranjeros.

⁸La bella Sión ha quedado como cobertizo en un viñedo,

como choza en un melonar, como ciudad sitiada.

⁹Si el SEÑOR Todopoderoso no nos hubiera dejado algunos sobrevivientes,

seríamos ya como Sodoma, nos pareceríamos a Gomorra.

Isaías 1:2–9

El mismo profeta resume el cuadro humano con respecto a su relación con Dios su creador con estas palabras de Isaías 53:6:

Todos andábamos perdidos, como ovejas;

cada uno seguía su propio camino.

En la misma época de Isaías, al profeta Oseas le tocó vivir lo que fue, quizá, el cuadro más patético del desvío humano del propósito de Dios. Fue escogido por Dios para vivir en su propio matrimonio la frustración, la agonía y el rechazo que Dios vivía con su pueblo Israel. Por orden del Señor se casó con una mujer de vida suelta que, a lo largo de los años, le dio tres hijos. Pero en todo ese trance ella siguió viviendo sus amoríos en la calle con cualesquiera que encontrara. Llegó a tal punto que cayó en esclavitud, de la cual Oseas tuvo que pagar a su amo el precio

requerido para llevarla de nuevo a su hogar.

El libro de Oseas termina con una invitación compasiva de Dios a su pueblo desviado y arruinado:

*Vuélvete, Israel, al SEÑOR tu Dios. ¡Tu perversidad te ha hecho caer!
Piensa bien lo que le dirás, y vuélvete al SEÑOR con este ruego:
«Perdónanos nuestra perversidad, y recíbenos con benevolencia,
pues queremos ofrecerte el fruto de nuestros labios».*

Oseas 14:1–2

Finalmente, le da una promesa maravillosa de restauración:

*⁴Yo corregiré su rebeldía y los amaré de pura gracia,
porque mi ira contra ellos se ha calmado.
⁵Yo seré para Israel como el rocío, y lo haré florecer como lirio.
¡Hundirá sus raíces como cedro del Libano!
⁶Sus vástagos crecerán, y tendrán el esplendor del olivo
y la fragancia del cedro del Libano.
⁷Volverán a habitar bajo mi sombra, y crecerán como el trigo.
Echarán renuevos, como la vid, y serán tan famosos como el vino del Libano.*

Oseas 14:4–7

«Los amaré de pura gracia». ¡Qué expresión maravillosa! No podemos menos que recordar la expresión del apóstol Juan en referencia al mismo amor divino, pero en este caso con respecto a Jesucristo que dio su vida en rescate por nosotros (Juan 3:16):

Porque tanto amó Dios al mundo, que dio a su Hijo unigénito, para que todo el que cree en él no se pierda, sino que tenga vida eterna.

SIGNIFICADO BÍBLICO DE AMOR

La manera en que la Biblia usa el verbo «amar» y el sustantivo «amor» es tan diferente de la forma en que se usa en el lenguaje popular de nuestros tiempos, que hace falta revisar el sentido bíblico a fin de entender su profunda importancia,

como también permitir que se imprima en nuestra conducta para ajustarla a la norma señalada en las sagradas Escrituras. «Con excepción de la palabra «vida», amor es el término abstracto más importante en la Biblia».¹

Hay muchos términos hebreos que se traducen amor, expresando toda la gama de afecto, cariño y deseo, tanto divino como humano. La palabra más común, *ahab*, aparece unas 250 veces en el AT en distintas formas y describe el amor espontáneo y expresivo, en contraste con el amor que surge por elección y voluntad propia.

El segundo término en importancia (en el AT) es *hesed*, que significa una elección deliberada, una decisión de mostrar afecto y amabilidad. *Hesed* no es tan espontáneo como *ahab*; enfatiza más bien la idea de lealtad y fidelidad. Este término se usa en los siguientes textos:

¡Cuán precioso, oh Dios, es tu gran amor! Todo ser humano halla refugio a la sombra de tus alas (Salmo 36:7).

Se traduce también por amor en Éxodo 34:6–7, donde Dios mismo declara su benevolencia y misericordia para con su pueblo elegido:

El SEÑOR, el SEÑOR, Dios clemente y compasivo, lento para la ira y grande en amor y fidelidad, que mantiene su amor hasta mil generaciones después, y que perdona la iniquidad, la rebelión y el pecado; pero que no deja sin castigo al culpable, sino que castiga la maldad de los padres en los hijos y en los nietos, hasta la tercera y la cuarta generación.

Tomemos nota que el amor de Dios se relaciona estrechamente con su clemencia, compasión y fidelidad, siendo todas ellas expresiones de la voluntad, más que meros sentimientos pasajeros.

Hallamos un pasaje muy parecido en Salmo 86:15, donde *hesed* se traduce amor de nuevo:

Pero tú, Señor, eres Dios clemente y compasivo, lento para la ira, y grande en amor y verdad (véase casi la misma expresión en Salmo 103:8 y 145:8).

La misma palabra *hesed* se traduce lealtad en Rut 3:10:

*Que el SEÑOR te bendiga, hija mía. Esta nueva muestra de **lealtad** de tu parte supera la anterior, ya que no has ido en busca de hombres jóvenes, sean ricos o pobres.*

Aparece como «bondadosos» en la súplica de Rajab en Josué 2:12:

*Por lo tanto, les pido ahora mismo que juren en el nombre del SEÑOR que serán **bondadosos con mi familia, como yo lo he sido con ustedes.***

Lo que debemos destacar en estos y otros pasajes similares es la determinación de amar y mostrar fidelidad, bondad y misericordia hacia un objeto que no es atractivo en sí, ni merece semejante trato benévolo. Es el amor de Dios, tal como lo atestigua el profeta Jeremías (31:3):

*Hace mucho tiempo se me apareció el SEÑOR y me dijo:
«Con amor eterno te he amado; por eso te sigo con fidelidad.»*

EN EL GRIEGO DEL NUEVO TESTAMENTO

Aunque en los tiempos de Jesús había cuatro palabras griegas para amar, solo dos de ellas aparecen en el Nuevo Testamento: *agapao* y *fileo*. La palabra *eros* no se encuentra allí, debido a su asociación con lo sensual. En la *Septuaginta* el verbo *agapao* se usa más de 300 veces para traducir diecisiete diferentes sinónimos hebreos. Aparece en el NT 137 veces como verbo y otras 116 veces como sustantivo, amor. Es un amor selectivo, fundamentado en la voluntad, la disposición de amar, tanto a Dios como al prójimo. Se da al objeto amado sin tomar en cuenta los méritos, sin condiciones especiales; depende del que lo inicia y no del que lo recibe.

El verbo *fileo* significa amistad estrecha o afecto. Se refiere al amor de Dios por los hombres, de los seres humanos unos por otros, como también del afecto familiar y hermanable. Es amor cálido y merecido.

En resumen, «el amor de Dios hacia la gente se ve en toda la Biblia. Es un amor

libre de egoísmo y no toma en cuenta los méritos del amado. Su máxima expresión se ve en el amor de Dios para los pecadores que eran sus enemigos y no merecían nada excepto su ira. Sin embargo, Dios envió a Cristo a morir por ellos a fin de que llegaran a ser hijos de Dios (Romanos 5:6–11; 2 Corintios 5:14–21). Este amor de Dios sirve como base para el amor humano».²

El apóstol Juan define este amor en los siguientes términos (1 Juan 4:10):

En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que él nos amó y envió a su Hijo para que fuera ofrecido como sacrificio por el perdón de nuestros pecados.

NUESTRA NECESIDAD DE UN AJUSTE SERIO

Con mucha frecuencia la Biblia usa el verbo amar en modo imperativo, o con un sentido imperativo. Por ejemplo:

*Escucha, Israel: El SEÑOR nuestro Dios es el único SEÑOR. **Ama** al SEÑOR tu Dios con todo tu corazón y con toda tu alma y con todas tus fuerzas (Dt 6:4).*

*Así como el Padre me ha **amado** a mí, también yo los he **amado** a ustedes. Permanezcan en mi **amor**. Si obedecen mis mandamientos, permanecerán en mi **amor**, así como yo he obedecido los mandamientos de mi Padre y permanezco en su **amor** ... Éste es mi mandamiento: que **se amen** los unos a los otros, como yo los he **amado**. Nadie tiene **amor** más grande que el dar la vida por sus amigos (Jn 15:9–13).*

*Esposos, **amen** a sus esposas, así como Cristo **amó** a la iglesia y se entregó por ella para hacerla santa (Ef 5:25–26a).*

*Así distinguimos entre los hijos de Dios y los hijos del diablo: el que no practica la justicia no es hijo de Dios; ni tampoco lo es el que no **ama** a su hermano. Éste es el mensaje que han oído desde el principio: que nos **amemos** los unos a los otros (1 Jn 3:10–11).*

*Nosotros **amamos** a Dios porque él nos **amó** primero. Si alguien afirma: «Yo*

amo a Dios», pero odia a su hermano, es un mentiroso; pues el que no ama a su hermano, a quien ha visto, no puede amar a Dios, a quien no ha visto. Y él nos ha dado este mandamiento: el que ama a Dios, ame también a su hermano (1 Jn 4:19–21).

Parábola del buen samaritano (Lc 10:25–37)

²⁵*En esto se presentó un experto en la ley y, para poner a prueba a Jesús, le hizo esta pregunta:*

—Maestro, ¿qué tengo que hacer para heredar la vida eterna?

²⁶*Jesús replicó:*

—¿Qué está escrito en la ley? ¿Cómo la interpretas tú?

²⁷*Como respuesta el hombre citó:*

—«Ama al Señor tu Dios con todo tu corazón, con todo tu ser, con todas tus fuerzas y con toda tu mente», y: «Ama a tu prójimo como a ti mismo.»

²⁸*—Bien contestado —le dijo Jesús—. Haz eso y vivirás.*

²⁹*Pero él quería justificarse, así que le preguntó a Jesús:*

—¿Y quién es mi prójimo?

³⁰*Jesús respondió:*

—Bajaba un hombre de Jerusalén a Jericó, y cayó en manos de unos ladrones. Le quitaron la ropa, lo golpearon y se fueron, dejándolo medio muerto. ³¹Resulta que viajaba por el mismo camino un sacerdote quien, al verlo, se desvió y siguió de largo. ³²Así también llegó a aquel lugar un levita, y al verlo, se desvió y siguió de largo. ³³Pero un samaritano que iba de viaje llegó a donde estaba el hombre y, viéndolo, se compadeció de él. ³⁴Se acercó, le curó las heridas con vino y aceite, y se las vendó. Luego lo montó sobre su propia cabalgadura, lo llevó a un alojamiento y lo cuidó. ³⁵Al día siguiente, sacó dos monedas de plata y se las dio al dueño del alojamiento. «Cuidemelo —le dijo—, y lo que gaste usted de más, se lo pagaré cuando yo vuelva.» ³⁶¿Cuál de estos tres piensas que demostró ser el prójimo del que cayó en manos de los ladrones?

³⁷*—El que se compadeció de él —contestó el experto en la ley.*

—Anda entonces y haz tú lo mismo —concluyó Jesús.

EN CONCLUSIÓN

En resumen, Dios nos hizo conocer su amor en Cristo y la expresión suprema de ese amor fue el sacrificio de sí mismo en el Calvario. Esta revelación de amor es la definición preeminente y definitiva para nosotros, el pueblo de Dios. No precisamos otra definición, ni tampoco debemos dejar que ese amor se degenera en nosotros a una mera expresión de sentimientos o emociones, ni a una expresión intelectual y académica. El amor de Dios es el motor que mueve el universo y es el fundamento de la iglesia y de la vida de cada uno de nosotros.

Concluyo con tres afirmaciones:

1) Dios toma la iniciativa en la expresión de amor.

Juan comprime esta afirmación en unas palabras resonantes y fáciles de memorizar:

Nosotros amamos a Dios porque él nos amó primero (1 Jn 4:19).

Frente a la expresión suprema del amor de nuestro Dios hacia nosotros, solo podemos quedar admirados y con una profunda deuda de responder con la entrega de nuestra vida como sacrificio vivo.

2) Su amor es la característica principal de su presencia en nosotros.

Dijo Jesús a sus discípulos:

De este modo todos sabrán que son mis discípulos, si se aman los unos a los otros (Jn 13:35).

Así vivían los primeros discípulos en Jerusalén:

³²Todos los creyentes eran de un solo sentir y pensar. Nadie consideraba suya ninguna de sus posesiones, sino que las compartían. ³³Los apóstoles, a su vez, con gran poder seguían dando testimonio de la resurrección del Señor Jesús. La gracia de Dios se derramaba abundantemente sobre todos ellos, ³⁴pues no había ningún necesitado en la comunidad. Quienes poseían casas o terrenos los vendían,

llevaban el dinero de las ventas ³⁵y lo entregaban a los apóstoles para que se distribuyera a cada uno según su necesidad.

Hechos 4:32–35

3) Podemos estar seguros en su amor.

El salmista expresó esta confianza así:

El que habita al abrigo del Altísimo se acoge a la sombra del Todopoderoso. Yo le digo al SEÑOR: «Tú eres mi refugio, mi fortaleza, el Dios en quien confío» (Sal 91:1–2).

Jesús hizo la siguiente promesa a todos los que le siguen:

Mis ovejas oyen mi voz; yo las conozco y ellas me siguen. Yo les doy vida eterna, y nunca perecerán, ni nadie podrá arrebátarmelas de la mano (Jn 10:17–18).

De modo que podemos todos cantar:

El rey de amor es mi pastor;
su gracia me sostiene;
nada me falta, suyo soy,
y mío es él por siempre.

Mi alma guía con amor
por aguas de reposo;
me alimenta mi Señor
con pastos deleitosos.

A veces cual un necio vil
me fui de sus senderos,
mas con afán él fue tras mí;
sus brazos me envolvieron.

Cuando en el negro valle esté,
ni un mal, Señor, yo temo,
pues tu cayado y vara fiel
me infundirán aliento.

Tú siempre mesa me tendrás
y unción en la cabeza;
mi corazón rebosa ya,
¡cuán fiel es tu promesa!

De tu misericordia el bien
tendré toda la vida;
y en tu casa moraré,
Señor, por largos días.

1. G.A. Turner, Artículo «Love» [amor], *International Standard Bible Encyclopedia*, Vol 3; G.W. Bromiley, editor; Grand Rapids, MI, Eerdmans (1986), p. 173.

2. H.A. Hoehner, Artículo «Love» [amor], *Evangelical Dictionary of Theology*, 2nd edition, Walter Elwell, editor; Grand Rapids, MI, Baker Academic (2001), pp. 709–710.